

Chiapas: cuando llueve de más y fracasa la Alianza por México*

(Período del 30 de Agosto al 13 de Octubre de 1999)

DR. DAVID VELASCO YÁÑEZ, SJ **

* Artículo redactado el 13 de Octubre de 1999.

** Dr. En Educación por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, en coordinación con el Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, de Santiago de Chile.

Al momento de redactar este artículo, ocurre una de las peores tragedias de nuestra historia reciente. Primero las lluvias ocasionadas por ciclones, huracanes y depresiones tropicales; luego los temblores y, de nuevo, lluvias como hacía muchos años no caían. Miles de damnificados en los estados de Veracruz, Hidalgo, Puebla, Tabasco, Oaxaca y, para variar, Chiapas, muestran uno de los rostros más crueles y que menos queremos ver de nuestra realidad mexicana. A la luz de esta desgracia y las consecuencias que provoca dentro y fuera del país, queremos reflexionar nuestro acontecer nacional.

Uno de los datos más sobresalientes es la aplicación del Plan DN-III. Es la acción del Ejército Federal en casos de desastre. Cualquiera podría suponer que es la ocasión para la desmilitarización del estado de Chiapas. Pero no. Al parecer, la atención en los estados siniestrados no requiere de más de 8,000 soldados. Los 70,000 asentados en Chiapas no son necesarios para la atención de cientos de miles de damnificados. Un soldado por casi cada 10 chiapanecos no es mucha proporción en relación al soldado que atiende, proporcionalmente a cientos de damnificados.

Quizás de las mayores crueldades sea la de comprobar que los helicópteros que están haciendo falta para hacer llegar la ayuda humanitaria a comunidades damnificadas, se están utilizando para videograbar actividades del

Aguascalientes de La Realidad¹ y para intimidar a la población indígena que simpatiza con los zapatistas. Crueldades de nuestro momento histórico.

Durante tres días, un helicóptero artillado sobrevuela este Aguascalientes. Mientras tanto, comunidades damnificadas de Puebla y Tabasco no reciben ni pan ni agua. Hay hambruna y brotes epidémicos. La Secretaría de Gobernación se apresura a desmentir. Lo cierto es que La Jornada de Oriente² y comunicados de emergencia de zonas siniestradas como parroquias de Tabasco confirman los datos. Quizás no haya mala voluntad. Lo cierto es que el mal tiempo impide hacer llegar la ayuda. En la comunidad de Plátano y Cacao, muy cerca de Villahermosa, los parroquianos hacen llegar alimentos y agua embotellada en lanchas.

Hasta donde hemos podido ver con nuestros propios ojos, en las imágenes de la televisión constatamos que faltan brazos para llevar ayuda humanitaria, para seleccionarla, para embarcarla a destinos diversos y, allá, nuevos brazos que la vayan canalizando y haciendo llegar a sus destinos más urgentes. Pero ahí constatamos que los brazos que más se ven son de civiles. ¿Dónde están los soldados? ¿Sólo removiendo escombros? No, al parecer, se encuentran en Chiapas enfrentándose con otra población civil desarmada que los confronta y los desafía a no obedecer por cuestiones de conciencia y los invita a sumarse a su lucha digna.

El problema principal no es el ejército federal. El problema está en el uso discrecional que hace de él el presidente de la república. Hace falta un contrapeso a los excesos del Ejecutivo. Concretamente, una reforma constitucional que permita la fiscalización del Poder Legislativo y evite el “ab – uso “ de la lealtad institucional que del ejército hace el presidente en turno.

¹ Crónica de Hermann Bellinhausen, publicada en el diario La Jornada del 12 de octubre de 1999.

² Se puede consultar La Jornada de Oriente del miércoles 13 de Octubre de 1999.

Atrevemos a mirar nuestra realidad desde el prisma de la tragedia ocasionada por lluvias y temblores, nos permite descubrir “otra patria que algún día se pondrá en movimiento”.³

Si el mes de enero de 1994 nos mostró la fuerza de una sociedad civil manifestándose en contra de la guerra – ese ejército que se atravesó entre dos ejércitos -, este octubre de 1999 nos está mostrando las posibilidades de una red de redes sociales tejidas a lo largo del tiempo que se está manifestando en solidaridad con grupos sociales marginados, pobres entre los pobres y que, ahora, están más pobres que nunca y padecen las consecuencias de los desastres naturales. No por “naturales” menos ocasionados por la negligencia, la corrupción y la impunidad de los gobiernos locales.

De la misma manera que los sismos de septiembre de 1985, cuando la sociedad civil emergió con una enorme fuerza organizativa, solidaria y de gobierno, en este octubre de 1999 comienza a manifestarse esa red de pequeñas y grandes organizaciones sociales, solidarias, lo mismo con la causa indígena que en la defensa de los derechos humanos o por la equidad en la relación entre los géneros, o a favor de la infancia o los adultos mayores. Una fuerza que emerge de abajo. No pasa, casualmente, por los partidos políticos y sí enfrenta lo mismo a los partidos que a las autoridades de cualquier nivel.

Esta misma red de redes sociales es la que ha venido estando atenta a la guerra de Chiapas. La misma que no pierde detalle del acontecer cotidiano. La que recoge testimonios, *in situ*, y documenta sus denuncias. Es la misma que ha logrado, por fin, obligar a la Procuraduría General de la República a instalar una oficina especial para recabar testimonios sobre la presencia y acciones de los grupos paramilitares. De esta red de redes hablamos cuando en estos días se comienza a tejer el flujo de la solidaridad con quienes comienzan a padecer

³ Hernández Navarro, Luis, “La vulnerabilidad de los invisibles”, artículo publicado en La Jornada del Miércoles 13 de Octubre de 1999.

hambrunas, brotes epidémicos y situaciones psicológicas de ansiedad y desesperación.

No está por demás recordar que esta solidaridad realizada por la sociedad civil rebasa con mucho a los gobiernos locales, estatales y federales. No tanto porque se discuta si México solicita y recibe ayuda internacional, sino porque, en la práctica, la sociedad civil ha mostrado mayor eficacia para hacer real la ayuda y la solidaridad. No exenta, por cierto, de luchas internas y de protagonismos de todo tipo, pero que, de alguna manera, permiten ir construyendo desde abajo, la democracia que todos queremos, con justicia y dignidad, con libertad responsable y participativa, ajena a los partidos políticos cuyo interés principal, si no es que el único, es el poder que aplasta y silencia.

Esta experiencia de rebasamiento de la sociedad civil, en situaciones de emergencia y de desastre, se ha estudiado y analizado detenidamente con las experiencias ya mencionadas del septiembre de 1999 en la ciudad de México, principalmente, y del abril de 1992 en la ciudad de Guadalajara con ocasión de las explosiones en 8 kilómetros de drenaje. En nuestro octubre de 1999 algo se está realizando en esa misma línea, en plenas campañas pre-electorales, cosa por demás significativa.

Esta oposición entre la solidaridad realizada y en proceso de la sociedad civil y las acciones de las autoridades gubernamentales, en situaciones de emergencia y auxilio a miles de damnificados, son una muestra más de algo mayor que ocurre en el México del final del milenio y es la crisis política que los estudiosos le han venido llamando con diversos nombres: crisis de final del régimen de partido de Estado; crisis de la transición a la democracia; crisis de credibilidad y/o de gobernabilidad; crisis del modelo económico neoliberal que, además hace agua por todos lados y nos inunda con otros lodos, quizás más crueles pero menos visibles y es la raquítica distribución del gasto público a favor de los pobres y en programas contra la pobreza y la enorme proporción destinada a favorecer a los banqueros.

La tragedia provocada por temblores y lluvias, “desastres naturales” les llaman algunos, son otra expresión de esta crisis política. Se suma a las que no se acaban de resolver como la huelga en la UNAM y la guerra de Chiapas. Estas tres expresiones son un prisma excelente para mirar nuestra realidad y comprender, por ejemplo, el por qué de fondo del fracaso de la Alianza por México, que tantas esperanzas levantara en sus más de cuatro meses de negociaciones.

Una breve escena, narrada por algunos diarios, dice más de lo que simplemente podemos escuchar. Ocurrió el pasado viernes 8, en Gutiérrez Zamora, Veracruz, Ernesto Zedillo, en una de sus tantas escenificaciones de presencia solidaria y como máximo dirigente del programa de Protección Civil, advirtió enérgico a un solicitante de apoyo que se callara, que él era el Presidente de la República, y sentenció: "Si vuelve usted a hablar, me la paga". De inmediato, un jefe militar ordenó a sus subordinados que se llevaran al quejoso. ¿Qué ocurrió con ese hombre? No lo sabemos, pero lo podemos imaginar.

Es la ruptura del diálogo político. Dicho con mayor precisión, es la negativa al diálogo político. La breve escena de Gutiérrez Zamora, es el botón de muestra de la manera como otros síntomas de la crisis política están siendo tratados: lo mismo en la UNAM, donde se comienzan a escuchar voces que piden solución violenta, y en Chiapas, donde continúa la guerra silenciosa contra las comunidades indígenas.

Si el presidente Zedillo clama porque “no se lucre políticamente con la desgracia”, en realidad está reivindicando su derecho “presidencial” a ser el único beneficiario político de la atención solidaria en la desgracia. Su participación permanente en los noticiarios de televisión son la mejor imagen de un presidente “comprometido” con los damnificados y dando órdenes hasta de los más mínimos detalles. Cuando no se ha sabido gobernar a un país en crisis

por las políticas neoliberales, coordinar la solidaridad y “mostrarse” atendiendo y “escuchando” a los damnificados son el mejor capital político.⁴

La negativa al diálogo político, tanto en Chiapas como en la UNAM y, ahora, en la atención a los damnificados, exige creatividad y movilización de la sociedad civil y el uso de todos los recursos disponibles para presionar al gobierno, en todos los niveles, para que resuelva los problemas que la sociedad civil le viene planteando y no sólo las grandes tragedias nacionales como la de Chiapas, la universidad pública, el Fobaproa y los millones de damnificados por la pobreza que se ha agudizado en los últimos neoliberales dieciocho años.

Este prisma que forman estas grandes tragedias nacionales permite entender la razón de fondo del fracaso de la Alianza por México. Más allá de las discrepancias en torno al método de elección del candidato, incluso más acá del protagonismo de Vicente Fox o de Cuauhtémoc Cárdenas, la negativa al diálogo político alcanza a los partidos de oposición, principalmente al PAN y al PRD. La razón de fondo del fracaso de la alianza es de carácter político. No hubo voluntad para apostarle a un programa político de gobierno que no se reduzca a echar al PRI de Los Pinos. Y si hablamos de “fracaso” es porque así se llama a un intento fallido, no por fincar las esperanzas en uno u otro candidato, sino en la conformación de una amplia fuerza social que tenga una expresión electoral y termine con los gobiernos priístas y con ellos, se transite del régimen de partido de Estado a un régimen realmente democrático, plural y republicano.

Con la negativa del PAN a participar en una alianza opositora, se facilita el camino del partido de Estado, con todo y su farsa democratizadora y su gasto de campaña preelectoral que gira alrededor de los 100 millones de pesos. El PAN, de nuevo, votó a favor del PRI, como lo hizo con el aumento del IVA, o en la aprobación del IPAB con el que se pasan las deudas del Fobaproa a la cuenta

⁴ Para mostrar esto, bastaría hacer una comparación entre la imagen presidencial que muestran los noticieros de televisión y la que da la prensa escrita independiente, en particular La Jornada y la revista Proceso.

pública, es decir, el beneficio de unos cuantos ineficientes banqueros a costa del sacrificio de millones de mexicanos que seguirán en la pobreza.

El análisis que se concentra en lo que sucederá el 7 de noviembre próximo, pierde de vista que las grandes tragedias nacionales como la que acontece en este octubre de 1999 son el verdadero prisma y crisol de lo que suceda el 7 de noviembre y en los siguientes meses previos a las elecciones federales del primer domingo de julio del 2000.

Son prisma porque, a la manera como defracta la luz y aparece el arco iris, las tragedias nacionales – Fobaproa y crecimiento de la pobreza y de los pobres; privatización de la educación superior y huelga de la UNAM; la guerra de Chiapas; los actuales desastres por las lluvias en varios estados –, “defractan” la realidad nacional y muestran su realidad profunda que podríamos destacar en algunos rasgos.

La realidad política se descubre como una lucha ciega entre grupos de interés al interior del grupo dominante. Todo por imponer la candidatura priísta de Francisco Labastida, aun a costa de eventuales fracturas en uno de los considerados pilares del sistema político mexicano. La negativa del PAN a la alianza opositora, facilita y allana el camino para la sucesión presidencial, no necesariamente para Labastida, sino para algún candidato emergente. El camino al 2 de Julio del 2000 es todavía largo, sinuoso y lleno de obstáculos y dificultades.

El régimen de partido de Estado tiene todavía ilimitados recursos para garantizar una transición relativamente pacífica y sin grandes contratiempos. Los ingresos extras de las ventas petroleras, gracias al aumento del precio internacional, permiten disponer de una enorme “caja chica” que afiance la campaña del candidato oficial y con ella, la compra del voto de millones de mexicanos expuestos, por su pobreza, a comprometer su voto. En esto ayuda, y no poco, los medios de comunicación que, incluso, ponen en barata el tiempo

que ofrecen para los 'spots' propagandísticos del candidato oficial. Pocas veces una campaña presidencial va a descansar tanto en el marketing político como la que hemos visto y seguiremos viendo en los próximos meses.

Uno de los aspectos menos visibles, pero que, precisamente la tragedia de las lluvias muestra con particular crueldad, es el de millones de mexicanos que viven en la pobreza y la pobreza extrema. Estamos hablando, en cifras de la CEPAL⁵, de dos terceras partes de la población en esas condiciones. Si a esto agregamos la carga que representa la acumulación de la deuda pública y, en particular, el porcentaje del presupuesto que el IPAB está solicitando al Congreso, veremos un panorama de recrudecimiento de la violencia en inmensas capas de la población empobrecida, con sus particulares expresiones de delincuencia e inseguridad pública, pero también en el aumento de formas de violencia contra las personas mismas en forma de alcoholismo y drogadicción, o en contra de la propia familia, lo que se ha llamado violencia intrafamiliar.

Como en la actual tragedia que padecen varios estados por las lluvias, hay un despertar de la solidaridad, sí, pero también hay crisis de confiabilidad. Se duda en el impulso de la solidaridad por posibles fraudes, o por el uso político que se pueda hacer de ella. En este, como en otros casos – salvo el de la UNAM -, la Iglesia emerge como un actor confiable y creíble. La preparación de un documento de la Conferencia del Episcopado Mexicano sobre la realidad del país está siendo debatida entre otras razones porque también se quiere politizar. Sin embargo, el prisma de nuestras tragedias nacionales permite pensar en la sobriedad y la responsabilidad de una de las voces que, en este momento, mantiene un alto nivel de credibilidad, como es el de la Iglesia. A pesar de sus voces disidentes.

⁵ Consejo Económico para América Latina, organismo que considera las décadas de los 80's y 90's como dos décadas perdidas para la economía mexicana, en términos sociales. Cfr. Diario La Jornada del miércoles 13 de octubre de 1999.